

# EL “COSMISTA” STALIN Y EL “SOCIALISMO DEL SIGLO XXI”

## INTRODUCCIÓN

Cuando en el año 2000 empezó a haber signos del nuevo culto a Stalin, se pensó que aquello estaba relacionado con la política interna rusa y particularmente con los intentos de reforzar el liderazgo del entonces recién elegido presidente Putin. Hoy podemos afirmar que este culto viene acompañado de la recuperación del socialismo como la gran alternativa para el mundo en estos tiempos de crisis. La vuelta del socialismo no se puede atribuir ni al “milagro” ni tampoco a una reacción pendular propia de un momento de crisis económica; tampoco al fracaso de la democracia, como podría deducirse del resultado de una encuesta según la cual el 57% de los alemanes del Este piensan que el socialismo es una idea buena. La vuelta responde a la voluntad de ejecutar un plan concebido ya en el seno de la misma Revolución de Octubre, una pieza intrínseca e imprescindible como era Stalin. Los “socialistas del siglo XXI” lo saben, y no por el parecido entre el primer ministro ruso Putin y Stalin, que entre 1941 y 1953 era “solamente” primer ministro; tampoco porque los rusos, tras dos décadas de democracia, eligieran en un programa de televisión en 2008 a este georgiano el tercer personaje más destacado de toda la historia rusa.

---

Eduard Tarnawski, profesor de Ciencia Política. Universidad de Valencia

<sup>1</sup> Agradezco a Isabel Español Realp su ayuda en la redacción de este texto.

## ¿QUÉ ES EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI?

La caída del Muro de Berlín, celebrada como el fin del socialismo, fue en realidad el umbral del nuevo socialismo que recibiría el nombre de “socialismo del siglo XXI. Éste tardaría un tiempo en adquirir cuerpo doctrinal, no por sus lagunas conceptuales sino por tener que competir con otra doctrina que en aquel momento centraba la atención de los medios, el “socialismo de la tercera vía” del sociólogo inglés Anthony Giddens, que llevó al Gobierno a los laboristas en 1997 y a los socialdemócratas alemanes un año después. La “tercera vía” quedó agotada con la retirada del poder del socialdemócrata Gerhard Schroeder en 2005 y de Tony Blair en 2007. Estas dos bajas en las filas socialistas dejaron el camino libre para que José Luis Rodríguez Zapatero asumiese plenamente el papel de líder de aquel nuevo socialismo.

¿En quién se inspiraba el secretario general del PSOE? A continuación intentaré responder a esta pregunta, tan legítima como inevitable. En primer lugar, quiero dejar claro que no voy a escuchar aquella, probablemente sabia, advertencia de que es mejor callar cuando se ha descubierto una conspiración, pues denunciarla puede volverse en contra del denunciante, que acaba siendo acusado de formar parte de la misma. Este riesgo no me disuade de hacer el siguiente pronóstico: con la “tercera vía” cerrada, a los socialistas, una vez hayan removido la última palada de tierra de las fosas comunes y hayan recuperado toda la memoria histórica, sólo les quedará la opción de retroceder a la Rusia de Stalin. En segundo lugar, otra aclaración, esta vez a los enemigos del socialismo, a quienes cuesta mucho aceptar hechos que son indiscutibles. El socialismo llama más de dos veces, y entra sólo cuando es invitado. No son los dictadores los que lo imponen. El socialismo entra en casa, como dogmatizaba el mismo Lenin, en compañía de la democracia, es decir, por la vía de las elecciones. Naturalmente, el socialismo tiene sus preferencias y, puestos a elegir, prefiere visitar los hogares con hidrocarburos, como Venezuela. Pero si hay que ir a uno que no tiene, se va, pues su prioridad es la doctrina. Por eso, suponemos, vino a España. ¿Qué doctrina motiva la política que practica el presidente de España?

La prensa que en su momento se ocupó de este tema puso nombre al gurú de ZP: se trataba del politólogo Philip Pettit (*El País*, 2008). En rea-

lidad muy pocos creyeron que este intelectual, con iniciales homónimas del PP, pudiera en solitario ser el inventor nada menos que del “socialismo del siglo XXI”. Esto requería poner en paréntesis por lo menos a dos personajes: al militar paracaidista venezolano Hugo Chávez y al sociólogo francés Alain Touraine.

El “socialismo del siglo XXI” no tiene nada de respuesta improvisada ante la situación que se produce después de una victoria electoral sorpresa, como podía pensarse dadas las circunstancias que rodearon las elecciones generales en España en 2004. Lejos de eso, se trata de un proyecto doctrinal macerado durante mucho tiempo, por lo menos desde antes de la caída del “socialismo real” de 1989.

Ateniéndome al objetivo de este trabajo, que es estudiar los orígenes estalinistas del “socialismo del siglo XXI”, me interesa centrarme en ese momento transitorio en que ya no era posible mantener vivo el “socialismo real”, a la vez que el proyecto de relevo –el “socialismo del siglo XXI”– todavía no estaba maduro. Es un momento en el que surgieron personajes que sirvieron de puente entre el pasado y el futuro del socialismo, como el sociólogo francés Alain Touraine. Sus aspiraciones se pusieron de manifiesto en la primera frase del libro que publicó en 1980: “El socialismo ha muerto”. Se trataba aparentemente de un acto de rebeldía de un viejo militante del PCF que no estaba dispuesto a reconocer en François Mitterrand (1916-1996) al líder de toda la izquierda. Touraine no pretendía incorporarse a las filas de los nuevos guerrilleros antisocialistas que, alentados por las consecutivas victorias electorales –la de Margaret Thatcher en 1979 y la de Ronald Reagan en 1981–, acababan de surgir en toda la izquierda.

A nadie, ni entonces ni ahora, se le podía ocurrir que Touraine hubiese dejado de ser de izquierdas. Su crítica del socialismo tampoco era un acto de apoyo a la disidencia anticomunista que crecía en Europa del Este y que pronto iba a abanderar Lech Walesa. Touraine no estaba por la labor de provocar una rebeldía popular contra el socialismo realmente existente y, aún menos, de influir en el pensamiento de un líder político del futuro, como sería este trabajador de astilleros polaco, futuro premio Nobel de la

Paz y presidente de su país, para más datos. El sociólogo francés publicó su libro antes de que estallasen las huelgas en Polonia, ajeno al hecho de que el líder del sindicato no era precisamente aficionado a la lectura en general, y mucho menos a la de teoría política; por no mencionar su escasa disposición a escuchar a un filósofo estalinista de la cabeza a los pies como Adam Schaff (1913-2006) que, en aquellas fechas, presentándose como marxista polaco (Schaff, 1988), arrasaba en España sembrando la semilla del que iba a ser el “socialismo del siglo XXI”.

El Touraine de 1990 no era menos estalinista que Schaff, pero sí estaba mejor preparado para poder diseñar el “socialismo del siglo XXI”. Le avalaban la especialización en dos campos de estudio: la teoría de la sociedad postindustrial y los nuevos movimientos sociales. Al primer tema le dedicó un libro que había publicado ya en 1969 *La Société post-industrielle. Naissance d'une société*. El segundo tema lo constituían sus investigaciones fruto de la experiencia de la revolución de 1968. Touraine no tardó en comprender que el conflicto social había dejado de ser económico y había adquirido carácter de guerra, una guerra por la dominación cultural. Precisamente en estos términos, muy correctamente, interpretó la revolución que acababa de protagonizar *Solidaridad* en Polonia. Además, Touraine era buen conocedor de América latina, la región con más posibilidades de acoger ese futuro “socialismo del siglo XXI”.

A la vista de cómo se han desarrollado las cosas, no sería exagerado presumir que Touraine tenía concebido un plan para el “socialismo del futuro” ya en 1990. Tal hipótesis encontraría respaldo en el hecho de que en 2008 publicó el libro *Si la gauche veut des idées*, en colaboración con la líder socialista Ségolène Royal, que aspiraba a convertirse no sólo en candidata a la presidencia en los comicios contra Nicolas Sarkozy sino en la líder zapaterista, objetivo que no logró. De aquel plan tuvimos un atisbo en la entrevista que Touraine concedió en 1990 al diario *El País* (Marcoaldi, 1990: 32). Touraine sabía ya entonces que los temas de la izquierda del futuro no reposarían en conceptos utilizados desde hace generaciones tanto por la derecha como por la izquierda, referidos siempre a la justicia y a las clases sociales –la burguesía por una parte y la clase trabajadora por otra–. Para los socialistas la prioridad debía ser la lucha cultural despiadada contra la

derecha, y ello requería desprenderse de los sacos de arena de la sociología y su alquimia de las clases sociales. Ninguno de los puntos clave del programa del “socialismo del siglo XXI” –en el caso del PSOE, la alianza de civilizaciones, el gran simio– le habría causado sorpresa alguna a Touraine. Para ser eficaces en esta lucha contra la derecha, la izquierda tenía que desmarcarse de la semántica de la justicia social. La postura de Touraine es provocativa en este sentido:

“Justicia social significa pensar en una correspondencia entre trabajo y redistribución; mientras vivamos en una sociedad donde ya no se da una correspondencia entre lo económico y lo social, creo que más bien por justicia deberían entenderse las condiciones sociales necesarias para la libertad personal: existir físicamente, no estar subordinado por un poder opresor, tener posibilidades reales de elección” (Marcoaldi, 1990).

Hay más sujetos que clases sociales –añadía– y por tanto, hay que pasar a una política centrada en los modos de gestión. Touraine hablaba de la “gestión pública de izquierdas” que dejaría en evidencia la diferencia abismal entre la derecha y la izquierda. Ante los problemas concretos, como puede ser la inmigración, la izquierda –decía Touraine– la izquierda siempre piensa en términos de diversidad, integración, no exclusión, “y de ahí surge una idea de sociedad más abierta y flexible, más inquieta, menos segura de sus propias definiciones, que sea capaz de razonar en términos de interrelaciones planetarias. Porque lo que interesa al Este interesa al Oeste, y lo que interesa a las ballenas interesa también al hombre” (Marcoaldi, 1990).

La teoría política del “socialismo del siglo XXI” nace también de la aportación de otro intelectual francés, Gilles Lipovetsky; éste, obsesionado con la moda. Su tesis es que el “socialismo real” en el Este estaba irremediabilmente destinado a fracasar no por los defectos de su teoría económica, sino porque el hombre del Este había descubierto la moda. Según Lipovetsky, el “socialismo real” no habría caído jamás si estas sociedades hubieran acertado en el desarrollo de la libertad individual, el gusto, el placer del ocio y el consumo, pues “cuanto más frívola e inconsistente es la sociedad, más sólida es la democracia” (Massot, 1990). Pero que no se hagan ilusiones los hombres de la derecha que ahora descubren también la moda.

En esta democracia gestionada por la izquierda Lipovetsky prevé un margen de apoyo electoral no superior al 10-15% para la derecha –a la que identifica con los grupos integristas cristianos.

Finalmente, ¿habría contado este nuevo socialismo que proyectaban en 1990 estos dos intelectuales franceses con la aprobación de José Stalin, si se lo hubiesen presentado en el año 1937? Me atrevo a decir que sí. Aunque me temo que esto no habría sido suficiente para salvar sus vidas. Pues en la lógica del dictador, quien era capaz de penetrar en lo más inescrutable de su mente, corría un peligro aún mayor que quien era identificado como enemigo político por la perversa maquinaria totalitaria del régimen.

### **¿QUIÉN ES STALIN Y POR QUÉ VUELVE AHORA?**

Es pública y notoria la preocupación por el culto a Stalin en Rusia. No menos preocupante es el estado en que se encuentra la teoría política, que sigue empeñada en definir el estalinismo en función del número de víctimas. A estas alturas de la historia universal de la violencia, después de Ruanda (800.000 muertos en diez meses), el método estadístico de contabilizar víctimas no resulta efectivo para comprender la naturaleza del estalinismo. Stalin era mucho más perverso de lo que cabe esperar de un carcelero mayor del gulag –mucho más de lo que dijo en 1956 su sucesor Kruschev (1894-1971) y de lo que imaginaba el Nobel ruso de literatura Solzhenitsyn (1918-2008) en los escritos que se encargó de difundir por todo el mundo–. Dicho método resulta problemático desde que el revisionismo histórico redujo radicalmente las cifras de víctimas de la persecución política de la era estalinista. Y cito aquí al historiador Víctor Zemskov, escogido personalmente por Gorbachov, que tuvo acceso ilimitado a los archivos estatales para recoger datos que permitieran cuantificar el crimen estalinista. En una entrevista para el diario *La Vanguardia* el historiador afirmaba, entre otras cosas, que “en el momento culminante de la represión estalinista, el ‘gran terror’ de 1937-1938 en la URSS, se practicaron 2,5 millones de detenciones, y entre 1921 y 1953 se fusilaron por motivos políticos a 800.000 personas. La

cifra es tan impresionante que, a su lado, poco importa que hasta ahora se hablara de veinte millones de detenciones o de siete millones de fusilados" (*La Vanguardia*, 2001).

Si abandonamos la vía criminal nos encontramos ante una dificultad aún mayor. Responder hoy a la pregunta de quién era Stalin es tan difícil como lo era en 1953, y de ello tiene la culpa la teoría política que le mantuvo apartado del foco de interés, sobre todo la de Hannah Arendt (1906-1975), a quien daba pavor pensar en Stalin. Hoy la cosa se complica porque se ha entrado en la fase de nostalgia estalinista, esta vez protagonizada por el psicoanalista esloveno Slavoj Žizek, quien, dicho sea de paso, aspiraba y lo ha conseguido, a erigirse en teórico y vocero del "socialismo del siglo XXI" (Žizek, 2007). Le gusta definirse como especialista, además de en Lacan y en Hitchcock, también en Stalin (Žizek, 2004). Es más, reconoce que su fantasía favorita es soñar que es Stalin. Parte de la fascinación que éste despierta radica, como afirma en otra ocasión Žizek, en que Stalin plantea un problema mucho más difícil de resolver del que plantea Hitler. Efectivamente. No se sabe de ningún preso que quisiera mandar desde Treblinka una postal a Hitler. Pero sí se sabe de presos del gulag que mandaban postales de felicitación a Stalin.

Llegados a este punto, resulta evidente que mi contribución no está en la línea de revistar la figura de Stalin añadiendo o quitando hierro a la magnitud de su crimen. Comparto más bien las tesis de aquellos especialistas en la historia rusa que creen que la investigación sobre el dictador soviético no debe circunscribirse al ámbito de la historia del crimen, sino que se presta a ser objeto del examen de la historia de la ciencia, precisamente como él mismo quería que se le viese (Pollock, 2006). Si este georgiano era discípulo de Marx, Engels y Lenin, son "sutilezas" que no interesan a nadie, de hecho no fueron más que estrategias para encubrir lo principal: sus entrañas cosmistas. En las páginas que siguen propongo, pues, dejar en suspensión estas categorías y dirimir el litigio sobre quién era Stalin en otro fuero, ante un tribunal que lo juzgará no por ser criminal ni por ser marxista, sino por ser cosmista y precursor del "socialismo del siglo XXI".

## ¿QUÉ ES EL COSMISMO?

Ahora bien, ¿qué es el cosmismo? Para empezar, se trata de un saber gnóstico y, por tanto, dirigido a un grupo reducido de personas, como pueden ser las elites científicas y artísticas. Sin embargo, en este caso, los que lo profesan están dispuestos a compartir su saber con millones de personas que carecen de relevancia científica o artística. Los cosmistas se caracterizan por creer en las energías de origen cósmico que influyen en la vida de los individuos y de las sociedades y que se manifiestan a lo largo de toda la historia. Creen que las leyes de la naturaleza deben ser abolidas por la vía de la revolución técnica y de los cambios sociales radicales.

Aunque el cosmismo no fue en ningún momento la doctrina oficial del régimen bolchevique –no fueron los miembros ordinarios del aparato propagandístico quienes la concibieron–, sin duda el cosmismo no hubiera podido nunca avanzar sin la ayuda del aparato del Estado soviético. Éste se sirvió para promoverlo, en primer lugar, de unas técnicas publicitarias basadas en el nuevo género literario que acababa de consolidarse: la *ciencia-ficción*, y, en segundo lugar, en el arte gráfico: en la corriente llamada *vanguardia rusa*. La buena nueva de los cosmistas es anunciada a las masas vehiculada por lo que sería el arte del siglo XX por excelencia: el cine (Siddiqi, 2008). Si los cosmistas consiguieron tener poder no fue gracias al aparato represor del Estado soviético sino gracias al control burocrático de la ciencia, la cultura y las artes. Por el carácter gnóstico de su creencia, los cosmistas no podían contar de entrada con la aceptación de las masas populares; sin embargo, obtuvieron altas cuotas de poder gracias a la eficacia de su propaganda y, no menos importante, valiéndose del avance objetivo y sustancial en las nuevas tecnologías, en la aeronáutica y más tarde en la técnica espacial. Fue la conquista tecnológica lo que granjeó a los cosmistas el entusiasmo de las masas, tan reticentes y hostiles a aceptar el avance de la técnica en el pasado. En definitiva, lo que hizo sentir protagonistas y favorecidas a las masas no fueron tanto las reformas sociales y políticas como el verse convertidas en compulsivos consumidores de técnica. Consciente de ello, Lenin decía que el *socialismo es el poder de los soviets más la electricidad*.



Para comprender qué era el "socialismo en un solo país", qué es el estalinismo y, finalmente, cómo se unieron a favor de la causa cosmista, hemos de remontarnos a Darwin y a John Fiske (1842-1901) que era el propagador de sus ideas en Estados Unidos (Sanders, 1930). Este historiador, al regresar de su viaje por Europa entre 1873-1874 donde tuvo la fortuna de conocer personalmente a Darwin, Herbert Spencer (1820-1903) y Thomas Henry Huxley (1825-1895), conocido como el *bulldog de Darwin*, publicó en 1874 un libro titulado *Outlines of Cosmic Philosophy* (Fiske, 1874). Su propósito era hacer la religión compatible con la ciencia. A la hora de dar nombre a la nueva disciplina escogió *cosmismo*, para distanciarse del monismo que había explotado Ernst Haeckel (1834-1919).

Fiske, seducido por los elogios de su supuesta suprema inteligencia que le hacía Darwin, colocó, a instancias de éste, en el centro de sus críticas a Auguste Comte (1798-1857) por ser el inventor de la *Religion de l'Humanité*. El gran cambio que se avecinaba y que sería posible sólo gracias a Darwin, consistía en que por fin el hombre se iba a liberar definitivamente de la religión, esta vez de la antropocéntrica, liberado ya como estaba de la religión teocéntrica desde el siglo XVI. Fiske no oteaba el cosmos para avistar a Dios y tampoco para avistar al Hombre como Dios.

Los cosmistas miraban a Rusia con gran admiración porque comprendieron enseguida que lo esencial de la revolución que allí había estallado en 1917 era un fenómeno de primera magnitud, pero no para la historia económica, social o política sino para la religión. Se daban cuenta de que entre los que ostentaban el poder en Rusia había también quienes defendían ardientemente la idea de convertir su socialismo en la verdadera religión, pero sin romper los moldes comtianos que ya había roto hacía tiempo Darwin.

Por otra parte, la revolución soviética enardeció a los nihilistas, que se habían percatado de que los bolcheviques leían más a Nietzsche que a Marx (Rosenthal, 2002). En su obsesión por liberarse del yugo judeo-cristiano que tanto daño había causado a la humanidad, se dedicaron a recuperar el mundo griego y a aproximarse a las religiones orientales, cuando la clave del éxito no estaba en retroceder al culto pagano a la

diosa Gea, estudiar lenguas clásicas y sánscrito o practicar el budismo o la meditación zen sino en adelantarse al cosmos. Para acabar con el cristianismo bastaría con dominar la biología, la bioastronomía, la bioquímica y la aeronáutica.

## **DEL SOCIALISMO COMO RELIGIÓN AL SOCIALISMO COMO SUPERSTICIÓN**

La propaganda ateísta en los autobuses de Barcelona al comienzo de 2009 es una parodia del ateísmo, por lo menos para los adictos al “socialismo del siglo XXI”, que ya hace tiempo que superaron la idea de que socialismo y religión podían ir de la mano. Algo más tardaron en comprenderlo la ex senadora socialista por Barcelona Carmen Aroz, que en el 2008 dejó su cargo por incompatibilidad con sus creencias católicas, y Anthony Blair, quien mantuvo en secreto su intención de entrar en la iglesia católica mientras ejercía de líder laborista.

Los socialistas deben el haberse liberado de la religión a su hombre en Moscú, José Stalin. Por más que algunos se empeñen en decir que el dictador era creyente, incluso un santo –un sacerdote ortodoxo de provincia llegó a colocar en 2008 el retrato del dictador entre los iconos de su iglesia–. La verdad es que Stalin no era criptocristiano, ni un creyente rebotado de su pasado de seminarista. No era un “tipo religioso” de los que llamaban la atención de un ex marxista y teólogo como Sergei Bulgakov (1871-1945) quien, después de pasar un tiempo dedicado al estudio de la doctrina económica marxista, en 1906 escribió un libro sobre la religiosidad de Carlos Marx (Bulgakov, 1906). Stalin era de otra galaxia.

Eso no significa que tengamos que prescindir de la perspectiva que nos ofrece la historia de la religión a la hora de valorar qué fue aquel socialismo y qué es el nuestro –el “socialismo del siglo XXI”. Stalin no era un nuevo Gengis Khan (1162-1227)–. El máximo jefe de los socialistas rusos fue el cerebro y el ejecutor de un plan que era bastante simple: poner fin a la era cristiana, eliminando físicamente a los sacerdotes, destruyendo las iglesias y lanzando una propaganda ateísta masiva vía administrativa. Empezó en

1929 con la orden de confiscar las campanas de las iglesias y de subir los impuestos a todos los sacerdotes el 1000%. Acto seguido se desencadenó una sistemática y fulminante destrucción de iglesias. De las 54.692 que había en 1914 quedaban 39.000 en 1929 y 15.835 en 1936 (Courtois, 1997).

El calificativo “ruso” de la expresión *russkiy kosmism* no indica que el cosmismo sea un invento ruso, sino que Rusia es el terreno idóneo para acoger el anuncio del cosmismo. En ningún otro país se dan circunstancias tan favorables para generar unas ideas que fácilmente pueden traspasar las fronteras entre arte y ciencia, técnica y ocultismo, filosofía y religión (Siddiqi, 2008). El cruce entre filosofía y religión en su tiempo alarmó a Juan Donoso Cortés (1809-1853), quien en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* de 1850 dijo que lo esencial del socialismo no es su teoría económica sino su teología anticatólica. Los socialistas del siglo XXI han abandonado por completo la tarea de buscar a Dios por su cuenta, todo plan de proyectar alguna variante de religión civil. Por eso no persiguen, como podía pensar Donoso Cortés, fundar una teología anticatólica. No ven asomo de religión por ninguna parte, ¿con qué motivo se iban a poner a buscarla en su propia casa?

Más acertado para comprender este socialismo del siglo XXI que no aspira a ser ninguna teología anticatólica es el enfoque que propuso el filósofo polaco Józef Maria Bochenski (1902-1995). Este monje dominico no encontraba otra respuesta que explicase cómo podía aún quedar gente que quisiera ser socialista, más que la superstición. El socialismo sería una más entre las noventa y nueve supersticiones que cultiva el hombre contemporáneo, junto con el nacionalismo y el racismo. Si el “socialismo del siglo XXI” es superstición, no podrá ser religión, tampoco una versión de religión civil. El supersticioso se entrega a sus creencias aun sabiendo –como saben los demás– que son falsas. Nada más contrario a la religión, cuya función primordial es edificar barreras antisuperstición, negar cualquier fuerza sobrenatural que actúe de modo autónomo y arbitrario. Edmund Burke decía que si la superstición fuese una religión, en todo caso sería la religión de las mentes débiles. Pero –insistimos– no puede serlo. El supersticioso sabe que toda religión lleva implícita una propuesta moral, precisamente lo que quiere evitar. Se mueve en las coordenadas de suerte y

desgracia. En el siglo XXI, en el que dominan los agnósticos y los ateos y al parecer sobra la religión, no hay ninguna fuerza que ponga freno a los supersticiosos, que impida que manifiesten públicamente que la moral es una categoría de la sociología, en ningún momento de la teología.

Si afirmamos que el cosmismo es la base teórica del “socialismo del siglo XXI” y en este contexto nombramos a Stalin es porque tenemos datos para presumir que el dictador ruso fue el primer gobernante que intuyó la posibilidad de fundar el poder sobre la base de la superstición, dejando atrás no sólo la religión revelada por un dios sino la suya propia: la religión civil del hombre-dios.

Naturalmente, hay socialistas que siguen cultivando las costumbres del viejo socialismo religioso, no porque crean en dios “a su manera” sino para ganar el voto de un puñado de despistados. Como nuestro José Bono, que en su retiro en una casa de las Madres Javerianas en Madrid con cuatro obispos y una quincena de militantes y dirigentes del PSOE el mes de febrero de 2009 decía: “¿Cómo que no se puede ser cristiano y socialista? Aquí estamos, y sin problemas de identidad” (*El País*, 2009). O como el presidente venezolano, prototipo del socialista del siglo XXI, que inauguró su actual mandato en enero de 2007 jurando la constitución de la República con las palabras: “Juro por Cristo, el más grande socialista de la historia”. Este socialista de nuevo cuño aprovecha cualquier ocasión para mantener encendida la antorcha del viejo socialismo, aquel que pretendía convertirse en una verdadera religión antropocéntrica, por eso, en una de sus contribuciones teóricas, Chávez habla de la renovación moral que incumbe a los socialistas.

No nos dejemos engañar: manifestaciones como éstas son sólo el rescaldo que queda de un viejo culto ya extinguido. Una nueva llama arde: la de la era de la superstición. La prendió el mismo presidente Chávez el día 20 de septiembre de 2006 al officiar una solemne ceremonia de superstición en un lugar que no podía ser más idóneo: la Asamblea General de las Naciones Unidas. Subido a la tribuna, el presidente de la República Bolivariana de Venezuela, alzando con las manos las nuevas escrituras de Noam Chomsky, entró en trance y ejecutó en el tiempo que

duró su discurso un ritual de brujería en toda regla, llamando al presidente estadounidense George W. Bush, diablo (Chávez, 2006), utilizando el caudal léxico cosmista y de la ideología de género –hermano/hermana, especie, planeta.

## UN GURÚ COSMISTA Y RACISTA EN EL PRIMER PAÍS SOCIALISTA

El número uno de los cosmistas rusos es Konstantín Tsiolkovski (1857-1935). A los diez años de edad, a consecuencia de una enfermedad, se quedó sordo y tuvo que dejar la escuela, por lo que su formación transcurrió al margen de las normas de la enseñanza reglada. Lo cierto es que Tsiolkovski intentó estudiar en la universidad pero, al suspender los exámenes de acceso, empezó por su cuenta a aprender matemáticas, mecánica analítica, astronomía, física y química y también literatura clásica. Iba a las mejores bibliotecas de Moscú y en una de ellas conoció a Nikolai Fyodorov (1827-1903), el célebre filósofo ruso que es el fundador del cosmismo ruso. Desde este encuentro Tsiolkovski empezó a creer que el progreso de la ciencia conduciría a la humanidad hacia la perfección.

En 1880 comenzó a dar clases de física y matemáticas en una escuela primaria de provincia. Siendo maestro elaboró una teoría de los gases. En realidad no era nueva, pero le sirvió para impresionar al mismo creador de la tabla periódica de los elementos, el químico Dmitri Mendeléiev (1834-1907), y para consagrarse como científico de reconocido prestigio, avalado por éste. El rendimiento que alcanzó Tsiolkovski trabajando en total aislamiento demuestra que el progreso de la ciencia no está vinculado a los grandes centros de investigación urbanos sino que viene de la mano de los genios como él. En 1894 publicó un artículo en el que proponía un diseño de avión de fuselaje aerodinámico y completamente metálico. En 1898 completó su primer diseño de cohete en el que señalaba la necesidad de utilizar motores como el único medio viable para superar la atracción gravitatoria terrestre. Éste y los artículos que le sucedieron conforman la primera propuesta científicamente sólida para la realización práctica del vuelo espacial. Tsiolkovski acertó al proponer la utilización de combustible líquido, combinación de hidrógeno y oxígeno líquidos. La relación mate-

mática que dedujo entre la masa del cohete, que cambia a medida que se consume el combustible, la velocidad de los gases de escape y la velocidad final del cohete se conoce como la *Ecuación de Tsiolkovski*.

Tsiolkovski merece nuestro interés aquí porque establece puentes directos entre las doctrinas evolucionistas y la ciencia-ficción. En el mismo año 1903 en que los hermanos Orville y Wilbur Wright hacían volar su primer avión de motor, nuestro ruso publicaba su obra principal *Exploración del espacio interplanetario mediante ingenios a reacción*. No fue bajo el influjo de esos dos vendedores de bicicletas americanos que eran los Wright sino inspirado en dos franceses: en primer lugar, el genio de la ciencia-ficción Jules Gabriel Verne (1828-1905), en cuya obra *De la Tierra a la Luna* (1865) se basó la película estrenada en 1902 *Le Voyage dans la lune*. No sabemos si fue el libro o el film lo que sirvió para que Tsiolkovski detectase un error técnico: el disparo de un cañón poderoso no podía llevar a la gente a la luna; se necesitaba un motor. Esta fue la apuesta de Tsiolkovski. El otro francés, esta vez ingeniero de verdad, que tuvo impacto en la formación del cosmista Tsiolkovski fue Alexandre Eiffel (1832-1923), autor del proyecto de la famosa torre de 300 metros. El cohete proyectado por Tsiolkovski –de 100 metros de altura– se ajustaba a estas proporciones. Tsiolkovski compartía con los hermanos Wright el principio cosmista de no-imitar-a-la-naturaleza. A diferencia de otros constructores de aviones de esta época los Wright no ponían plumas a sus aeronaves, y por eso triunfaron.

La cuestión es que los cosmistas recurrían a la ciencia-ficción como vehículo para difundir visiones técnicas, como fuente de inspiración y al mismo tiempo como justificación. En 1895, el mismo año en que Eiffel concluyó su torre, Tsiolkovski publicó el libro *Sueños de la Tierra y el Cielo*. En él describía detalladamente la vida en los futuros asentamientos humanos en el espacio adonde los humanos, ya inmortales gracias a los avances de la ciencia, habrían tenido que emigrar en busca del espacio vital que ya no encontraban en la superpoblada Tierra. La interacción recíproca entre ciencia, técnica y literatura de ciencia-ficción será la base para proyectos políticos verdaderamente revolucionarios que, por tener esta procedencia, se considerarán suficientemente legitimados y no necesitarán en adelante aprobación de ningún tipo, ni religiosa ni moral. La ciencia-ficción no la cuestiona nadie.

Una vez en el poder, los bolcheviques no prestaron ninguna atención a Tsiolkovski, más allá de la imprescindible durante el breve periodo en que estuvo detenido bajo la acusación de ser autor de escritos antisoviéticos. Este episodio, sin embargo, no fue más que la antesala de su nombramiento en 1919 en la Academia socialista de ciencias sociales. Los bolcheviques volvieron a acordarse de Tsiolkovski a raíz de la publicación en 1923 en Alemania del libro *El cohete en el espacio interplanetario* de Hermann Oberth (1894-1989), en el que éste exponía sus conclusiones acerca del vuelo espacial. La prensa soviética respondió promoviendo la figura de Tsiolkovski mediante una intensa campaña propagandística, cuyo impacto fue tan grande que el mismo Oberth se retiró, reconociendo el mérito de pionero del sabio ruso, en el que dijo haberse inspirado. Tsiolkovski, aprovechando su nueva condición de figura mediática, publicó en 1926 su programa cósmico en el que apuntaba a las decisiones que debía tomar la humanidad ante la inevitable muerte del Sol. Más de medio siglo antes de que se oyera hablar del cambio climático, el ruso ya proponía la construcción de *trenes de cohetes espaciales* para colonizar otros planetas.

Los cosmistas no podían compartir su saber gnóstico con los jefes bolcheviques. Cuando alguno de éstos se sentía atraído por las ideas sobre la construcción de aviones y misiles de Tsiolkovski, lo hacía sin darse cuenta de la verdadera dimensión de sus ideas. Así, el mariscal Mikhail Tukhachevsky (1893-1937) quien, pese a su derrota de 1920, no renunciaba a pensar en la conquista de Europa por el Ejército Rojo, veía en los proyectos de Tsiolkovski sólo un argumento para su estrategia de "operaciones profundas" en la guerra revolucionaria. La cuestión es que la lógica militar no era la de los cosmistas. Es más, era un riesgo para la causa cosmista. La peligrosa miopía del mariscal Tukhachevsky fue precisamente lo que provocó su eliminación por Stalin, que no estaba dispuesto a tolerar a aquellos que no salían de los esquemas de la geopolítica, y su estrecha lógica soldadesca.

Antes de fallecer en 1935, Tsiolkovski entregó a su hija un conjunto de escritos filosóficos que mantenía en secreto en los que resumía su filosofía del hombre como parte del cosmos y la importancia de su inevitable destino como colonizador del Universo. Estos ensayos no fueron publicados

hasta 1992, bajo el título *Ensayos sobre el universo*. Entre las ideas que propugnaba hay algunas que a menudo se olvidan, aunque constituyen de hecho un componente nada marginal de su sistema de pensamiento. Le obsesionaba la perspectiva de que, una vez alcanzada la inmortalidad, no habría sitio para todos en el planeta Tierra. Era un problema que sólo se podía solucionar eliminando a los que eran de razas inferiores. El racismo de los cosmistas rusos es el mismo que el de John Fiske, que defendía la superioridad racial de los anglosajones (Hegemeir, 2007).

Hoy nadie es más parecido al cosmista ruso Tsiolkovski que el físico inglés Stephen Hawking. En otoño de 2008 éste fue a Santiago de Compostela para apoyar la iniciativa de organizar vuelos espaciales tripulados, convencido, como Tsiolkovski, de que “a largo plazo, el futuro de la raza humana deberá transcurrir en el espacio. Si la Humanidad pretende sobrevivir durante otro millón de años, tendremos que ir, sin vacilación, donde nadie ha ido antes”. Hawking desgrana su visión cósmica del futuro en su nuevo libro, *La clave secreta del Universo*, escrito junto a su hija Lucy. Otro paralelismo: si en su día Tsiolkovski fue invitado por Stalin a ver aviones en 1935, a Hawking se le ha ofrecido la experiencia única de sentir su cuerpo liberado de gravitación terrestre (*El Mundo*, 2007).

### CUANDO MARTE LLAMA A LOS SOCIALISTAS

A los rusos la idea de salir al cosmos en busca de seres vivos les viene de lejos; fue el mismísimo zar Pedro I (Vernadsky, 1997: 209) quien tomó la iniciativa de publicar el libro que dedicó a este tema el holandés Christiaan Huygens (1629-1695), *Cosmotheoros*. Dos siglos después, el mismo tema atrajo la atención del astrobiólogo Alexander Chizhevsky (1897-1964), un personaje que tiene interés para la ciencia política porque estudió más a fondo que nadie la influencia de los astros en la política. Sabemos que los gobernantes suelen acudir a los astrólogos en busca de consejo, pero Chizhevsky no era astrólogo sino cosmista. Influenciado directamente por Tsiolkovski, de quien era vecino en Kaluga, investigó la posible influencia que ejerce la actividad del Sol sobre la frecuencia de las guerras y las revoluciones. Descubrió que en el periodo comprendido entre el año 500 a.c. y



1922 d.c. las revoluciones, en el 80%, coincidían con la máxima actividad del Sol, de las llamadas manchas solares, que se reproducen en forma de ciclos de once años.

Una investigación como ésta no podía ser recibida con entusiasmo, pues incluía una interpretación de la revolución de 1917 en términos no de la lucha obrera sino de los rayos solares. Curiosamente –y esto es muy indicativo–, Chizhevsky no sufrió ninguna represalia por ello. Durante muchos años trabajó en varios proyectos científicos y técnicos incluida la investigación en aviación militar. En 1942, por otro motivo ajeno a este asunto, Chizhevsky fue condenado a dieciséis años de arresto. Pero lo que realmente merece ser subrayado es que utilizó su teoría para extender el radio de proyección internacional de la URSS y para establecer relaciones con Estados Unidos como otra potencia cosmista. Si la Guerra Fría no acabó en conflicto nuclear es en parte gracias a los cosmistas rusos como Chizhevsky que exploraron la posibilidad de hallar civilizaciones extraterrestres.

El estado de desesperación en que se encuentran en estos momentos los correligionarios cosmistas norteamericanos al presentir el ya próximo ocaso del cosmismo, les lleva al extremo de desvariar. No hay más que oír las afirmaciones de un ex miembro de la expedición estadounidense a la Luna. El coronel de las Fuerzas Aéreas estadounidenses Buzz Aldrin asegura haber visto en su viaje de 1969 a unos *hombrecillos verdes* que eran exactamente iguales a los que había dado a conocer su compatriota Steven Allan Spielberg en su famosa película *Encuentros en la tercera fase*. La decisión de las autoridades británicas de hacer públicos los datos gubernamentales sobre los ovnis, el mito que durante décadas alimentó las fantasías cosmistas, es un eslabón más en la cadena que conduce a dicho ocaso.

A la vista del deterioro que está sufriendo actualmente el conjunto de las relaciones ruso-estadounidenses no se debe perder de vista una decisión del presidente saliente Bush que provocó verdadera rabia entre los astrobiólogos estadounidenses, que vieron recortados en el 50% los fondos públicos previstos para el año 2007 para una de sus asociaciones. La pérdida de interés del entonces presidente Bush por las exploraciones cósmicas

destinadas a buscar rastros de vida contrasta, por cierto, con el apoyo público que esta iniciativa recibe todavía de las instituciones europeas, como manifestaba el presidente de CSIC, Rafael Rodrigo, en una entrevista reciente (*El País*, 2008).

Exposiciones divulgativas como la que organizó La Caixa en septiembre de 2008 bajo el nombre *Marte-Tierra. Una anatomía comparada* tienen también el objetivo de mantener viva la esperanza de encontrar vida en Marte. Aparentemente se trata nada más que de constatar las semejanzas físicas entre dos planetas del sistema solar, pero al periodista del diario *Público* que publicó la noticia no se le escapó el cariz cosmista de este evento, que plasmó en el titular “Así en la Tierra como en Marte”.

## **LA PASIÓN COSMISTA POPULAR Y LOS INTELLECTUALES INCRÉDULOS**

Volvamos de nuevo a Tsiolkovski y a su Kaluga, que se convirtió en el destino de peregrinaciones de jóvenes soviéticos entusiastas de la conquista del cosmos. Una de las visitas que recibió fue la del futuro director del programa cósmico Sergéi Koroliov (1907-1966). Hay que destacar que, antes de ser nombrado para este cargo, había pasado 6 años en el gulag, tras ser condenado en 1938. Dejó de estar preso, pero ni siquiera en los tiempos de máximo esplendor soviético se le puso nombre a Koroliov, tal vez para envolver en un aura de ensueño y misterio a aquel personaje salido del gulag presentándolo como si saliera de Marte. La prensa soviética le identificaba como “constructor principal” –una categoría que no se sabe hasta qué punto era propia de la burocracia o de una secta–. Lo cierto es que su tesón y su entrega personal fueron decisivos para que los cosmistas consiguiesen demostrar al mundo que eran capaces de modificar las leyes naturales mediante la puesta en órbita de un satélite artificial, el Spútnik. El lanzamiento estaba previsto para una fecha posterior, pero se adelantó al 4 de octubre de 1957 con la única intención de rendir homenaje a Tsiolkovski en el primer centenario de su nacimiento. Con toda seguridad, en aquella ocasión no se buscaba la eficacia técnico-militar. El propósito del Spútnik no era hacer palpable la amenaza de una agresión nuclear por parte soviética y Koroliov no era

Bin Laden. Su aviso no era el de la sirena que anticipa el ataque aéreo sino el del gong que convoca a entrar en la sala, en este caso de la era cosmista, donde sería presentado el nuevo hombre capaz de construir el firmamento.

Koroliov compartía su pasión cosmista con miles de jóvenes soñadores, constructores aficionados de cohetes, que se organizaban en clubs y asociaciones por todo el mundo. De ellos el más famoso de esta generación sería Wernher von Braun (1912-1977), oriundo de Pomerania. Siendo miembro de la SS construyó los misiles con los que Hitler bombardeó Londres, y culminó su carrera construyendo los cohetes con los que el presidente de Estados Unidos Lyndon Baines Johnson (1908-1973) mandó a una tripulación de compatriotas suyos a la Luna.

La tremenda mezcla de pasiones populares y de saberes esotéricos propia de una sociedad como la rusa, vapuleada por los cataclismos de la guerra y la revolución, y las noticias que llegaban de las conquistas espaciales, hacían que la gente viviera la ciencia-ficción como si fuese la misma realidad. Ciertamente, no era difícil confundirlas. De esta paranoia se libraron sólo algunos que en seguida se dieron cuenta de lo que encubría el poder bolchevique, que no era otra cosa que la conspiración cosmista. Así, el escritor y militante bolchevique desde 1905, Yevgeni Zamiatin (1884-1937), en su novela *Nosotros*, finalizada en 1921, describía una sociedad del futuro en la que la opresión y la represión por parte de la clase dirigente cosmista sobre las demás sería total. Lo más indicativo es que *Nosotros* permaneció hasta 1988 prohibida en la URSS. Fue publicada en español en 2000.

No hacía falta ser tan creativo como Zamiatin e inventar la distopía para detectar la naturaleza cosmista del poder bolchevique, era algo muy evidente para cualquier cristiano con un nivel elemental de catequesis, y desde luego para Sergéi Bulgákov (1871-1945), quien no dudó en iniciar su obra de teología cristiana de 1933 situando el cosmismo en el polo opuesto al dualismo cristiano, desvinculándose completamente de los cosmistas que a menudo interesadamente se revestían de pensamiento cristiano para vender mejor a sus gurúes.

Por supuesto, la conspiración cosmista no era ningún enigma para los líderes bolcheviques de la talla de Lenin, Trotsky o Lunacharski. Su oposición al cosmismo era total. Esto puede que explique por qué motivo los tres habían sido eliminados antes de la mitad de los años treinta dejando el camino libre para Stalin y su corte cosmista.

Como ocurre con cualquier otra secta, los mensajes cosmistas dejaron indiferente a la inmensa mayoría de la gente. Lo decisivo para su eventual implantación como nuevo credo de Rusia después de la revolución es que Lenin vio siempre muy claro que el cosmismo representaba un gran peligro para su propio proyecto, como demostró ya en 1909 al enfrentarse al máximo bonzo cosmista, Alexander Bogdanov (1873-1928). Pero no voy a hablar de Lenin, que murió muy pronto, a los cincuenta y cuatro años de edad, sino de Anatoli Lunacharsky (1875-1933) y de Lev Trotsky (1879-1940), otros dos enemigos declarados de los cosmistas, que estaban ya incrustados en el poder moscovita. El que estaba mejor preparado para enfrentarse con ellos era Lunacharski, para quien la principal misión de un profeta era revisar el pacto con Dios, lo que no significaba otra cosa que promover una revolución (Lunacharsky, 1976: 82). Desde luego la revolución no entraba en los planes cosmistas. Gracias a su antropocentrismo, Lunacharsky se daba cuenta de que los cosmistas eran una secta cuyo objetivo no era reconstruir un orden en la Tierra agradable a Dios, sino fundar un nuevo orden celestial sin aquel Dios de Comte, que estaba hecho a imagen del hombre y que naturalmente era del agrado de un marxista como él. Lunacharsky sabía que en el primer plano del proyecto cosmista estaba la voluntad no tanto de marginar a Dios como de deshacerse del hombre. Su libro, escrito ya antes de la revolución, concluía así: “En el mundo de los valores humanos debe reinar el principio antropocéntrico, no el cósmico” (Lunacharsky 1976: 61). A pesar de ser nombrado ministro de Educación en el primer Gobierno de Lenin y, como tal, encargado de la misión de sentar las bases ideológicas del nuevo régimen que tenía que ser marxista, nada pudo hacer para frenar a los cosmistas. Lunacharsky, que gozaba de la fama de ser el más brillante intelectual marxista, en 1933 fue apartado del poder y rebajado a embajador de la URSS en la II República Española, aunque murió antes de tomar posesión del cargo. Como muestra de su beligerancia anticosmista, citaremos su libro titulado *Religión*

y *socialismo* (1909), en el que reclamaba que se considerase el socialismo una religión. Eso sí, la más desarrollada, la verdadera, la que sería la culminación de toda la historia de la religión (Lunacharsky, 1976: 61).

Sólo León Trotsky (1879-1940) podía aspirar a sustituir a Lenin en el cargo de jefe supremo. Trotsky sabía que el mundo había cambiado y que le convenía presentarse como seguidor del darwinismo. Pero los esfuerzos de autopromoción bajo el logo darwinista eran inútiles. Lo que le inhabilitaba para convertirse en el nuevo líder de la URSS era el rechazo por parte de los cosmistas. No le quedaba otro remedio que el recurso a la ironía para descalificar a los cosmistas. Atacaba a Tsiolkovski burlándose de él: aquel provinciano de Kaluga se había encaprichado ahora con abanderar la revolución mundial, la que le correspondía a él, Trotsky.

## LA POLÍTICA MESIANICO-MEDIÁTICA EN LOS TIEMPOS DEL SOCIALISMO REALMENTE EXISTENTE

No perdamos de vista el objetivo de este trabajo, que es, en primer lugar, identificar la presencia de componentes cosmistas en el "socialismo del siglo XXI"; en segundo lugar, insistir en que el cosmismo es la base supersticiosa del estalinismo y, finalmente, señalar que hay un vínculo entre estalinismo y "socialismo del siglo XXI". Que nadie me confunda: no me estoy moviendo en el terreno de la especulación ni cometiendo el abuso de atribuir a los socialistas de hoy ideas que les resultan totalmente ajenas. Todo lo contrario. Los hombres de izquierda de hoy no temen ser identificados con el estalinismo y el cosmismo y atribuir a éstos las funciones de célula madre de ese socialismo que pretenden construir.

Ya he dicho que el cosmismo, sin ser un componente doctrinal oficial del sistema del poder surgido después de 1917, por su carga metafísica atraía a la nueva clase dirigente, que veía en él la posibilidad de dar proyección universal a su revolución. En la recuperación de la memoria histórica, el socialismo español toma también conciencia de su pasado metafísico. No hay más que ver el interés que despierta el cosmismo entre hombres de la izquierda española como Antonio Fernández Ortiz (2000).

¿Cómo pudo una revolución de las dimensiones de la de octubre de 1917 ser protagonizada por un grupo tan minúsculo y de tan poca relevancia en el conjunto de las fuerzas políticas de entonces como eran los bolcheviques? Estos atribuían su éxito a su eficacia como revolucionarios y como profesionales del poder. Pero podemos aventurar otras respuestas. La revolución pudo avanzar porque recibía el impulso no de las ideologías políticas del momento, y mucho menos de teorías tan simples como el marxismo y su lucha de clases. El objetivo final era mucho más ambicioso que sustituir el viejo autoritarismo zarista por la nueva dictadura de partido.

Las diferentes fracciones de la familia socialista solían coincidir en su crítica de Stalin por su desviación bonapartista. Estas interpretaciones simplistas eran las que interesaban al régimen estalinista y cosmista, pues ocultaban lo que realmente querían ocultar: su faceta metafísica. La falsa acusación es la mejor estrategia de ocultación que sigue el delincuente. A los efectos de esta investigación, se trata de asumir la posibilidad de que, detrás del entramado de las instituciones del Estado y del Partido Comunista, pudo existir otra superestructura entretejida de creencias –que no eran ni filosóficas ni políticas, sino ocurrencias y juegos–. Sólo esto ayuda a comprender por qué el estalinismo fue aceptado –y no con resignación, sino con gran entusiasmo– por la inmensa mayoría de la gente, rusos y no rusos. Siendo una sociedad sumida en permanente subdesarrollo, con las consecuencias que esto implica, como el analfabetismo, que apartaba a la inmensa mayoría de la población de la vida pública, fue capaz de producir al mismo tiempo una Academia que, en algunas –en realidad pocas– áreas alcanzó niveles comparables a los de la ciencia en algunos países. Esto le daba un sentido de superioridad falso. El esoterismo, que fue un fenómeno marginal en el siglo XX, adquirió en aquella sociedad escindida las características propias de una conciencia paralela sobredimensionada (Djordjevic, 1999).

Por extraño que pueda parecer, en los tiempos del “socialismo real” los amos en Rusia no eran los comunistas sino los cosmistas. Dicho esto, nos vemos obligados a cambiar por completo toda la teoría del sistema del poder soviético y, en consecuencia, a dar a cada uno de los acontecimien-

tos en los que participaron sus principales protagonistas una lectura diferente, si no opuesta, a la oficial ya asentada. Podríamos, por ejemplo, empezar por aquel acto protocolario del desfile militar en el año 1935 en el que al lado de Stalin apareció el mismo Tsiolkovski (Djordevic, 1999). ¿Por qué no conceder que el protagonista, o incluso el anfitrión, no era un dictador comunista sino un gurú cosmista? ¿Por qué no admitir que esta ceremonia sólo anticipaba otra aún más impactante: el saludo de bienvenida al cosmonauta Yuri Gagarin (1934-1968) que desfiló por la Plaza Roja habiendo culminado el 12 de abril de 1961 el primer viaje del ser humano al espacio cósmico? A continuación podríamos preguntarnos si acaso no era con aquel joven piloto ruso –y no con el burócrata ucraniano Kruschev (1894-1971)– con quien realmente se identificaban en sus sueños e ilusiones las masas rusas. ¿No era este piloto acariciando una paloma blanca la imagen erótica de la Rusia soviética, una más en la galería de imágenes que se despliegan clicando el icono de los seductores de masas del siglo XX: el presidente estadounidense John Fitzgerald Kennedy (1917-1963), su amante Marilyn Monroe (1926-1962)...? Los tres tuvieron que morir misteriosamente jóvenes para que se cumpliera en ellos la vocación mediática y mesiánica del cosmismo.

## DE LA MOMIA DE LENIN A LA CAPILLA SIXTINA DEL SIGLO XXI

Para los gurúes cosmistas la política es un estorbo; sus objetivos van por otro camino, y no son en absoluto más modestos. El cosmista Nikolai Fyodorov, al que nos hemos referido en varias ocasiones, expuso su doctrina antipolítica en la obra titulada *La filosofía de la causa común*. Uno de los temas era la resurrección de los muertos, así como el control sobre los fenómenos atmosféricos. Sus ideas han sido asumidas hoy en día por el movimiento llamado transhumanismo, que propugna el ideal de mejorar ilimitadamente las capacidades mentales y físicas del hombre, de corregir todas y cada una de las características no deseables de la condición humana. Éste sería el único objetivo de la ciencia y de la tecnología. Contra las ideas transhumanistas se pronunció muy certeramente el experto en política internacional Francis Fukuyama, calificándolas de especialmente perniciosas para el mundo de hoy.

El gran reto que se les presentó a los cosmistas fue la muerte del que era su principal enemigo, Lenin, acaecida el día 21 de enero de 1924. Tenían una auténtica preocupación por dónde colocar el cadáver, pero no porque tuvieran en mente construir un lugar de culto popular *post mortem* sino para poder conservar el cuerpo de la mejor manera. Éste era el planteamiento del cosmista por excelencia, que se encontraba entonces en el Kremlin, Alexander Bogdanov. La superación de la muerte de la que hablaban Fyodorov y después Tsiolkovski tenía que ser la confirmación del “paraíso comunista”, también para este médico de profesión. Su fantasía cosmista le decía que la sangre de cada uno de los hombres que vivía en la Tierra debía ser mezclada mediante transfusiones con la de todos los demás. La sangre es vida, cada gota de sangre contiene las potencialidades existenciales de un hombre. Las gotas de sangre de diferentes hombres, darán como resultado la suma de sus potencialidades existenciales y esto es lo que traerá a los hombres vida eterna. Éste era el tema de su libro de ciencia-ficción, *Estrella Roja*, en el que describía cómo los marcianos habían construido el comunismo. Para Bogdanov y sus lectores puede que fueran monstruos, pero lo cierto es que vivían eternamente porque eran hermanos gracias a haber recibido transfusión sanguínea continuada. Bagdanov no era sólo escritor de ciencia-ficción, era por encima de todo el director del primer instituto en el mundo de transfusión de sangre, situado en Moscú. Ponía en práctica sus ideas aplicándolas a su propio cuerpo, aunque no fueran nada seguras. De hecho, murió a causa de la transfusión de un grupo de sangre que era incompatible con la suya.

De las fantasías transhumanistas de Bogdanov sobre el paraíso comunista se conserva el mausoleo de Lenin, que aparenta ser un punto más de atracción turística en Moscú, pero en realidad éste es el primer templo cosmista de los muchos que se irán repartiendo por todo el planeta. Entre ellos será el Palacio de la Cultura y la Ciencia de Varsovia, cuya construcción se inició en la demolida capital polaca en 1950 y culminó en 1955. Por tratarse de una obra de culto, los fondos tenían que proceder de una donación, en este caso del Gobierno soviético. El nombre del edificio en cuestión no podía ser otro que Josef Stalin, nombre que sigue grabado en la piedra, si bien desde 1956 disimulado por una pantalla de neones. Por su forma, el edificio es una torre que recuerda a un cohete de viajes espaciales. En su interior, en la entrada principal, alberga la reproducción del esqueleto de un dinosaurio, un



típico objeto de culto a un ser vivo de los tiempos prehumanos. Los cosmistas no se cansan de anunciar con asombrosa regularidad los nuevos adelantos de la ciencia que está a punto –dicen– de, por ejemplo, devolver la vida a los mamuts que vivieron en Siberia hace miles de años, gracias a las células madre congeladas y a las técnicas de clonación. De momento, los resultados se han visto sólo en la película *Parque Jurásico*.

El último templo de arte cosmista es la cúpula de la sala xx del edificio de la sede de las Naciones Unidas en Ginebra concluida en 2008, encomendada al artista mallorquín Miquel Barceló. En este caso la donación provenía del Gobierno socialista español, que la bautizó con el nombre de *Sala de los Derechos Humanos y de la Alianza de Civilizaciones*, muy al gusto de nuestro “socialismo del siglo XXI” en su versión española-zapaterista. El ministro de Asuntos Exteriores de España, Miguel Ángel Moratinos, habló de lo ambicioso de la obra, refiriéndose a ella como a la verdadera *Capilla Sixtina del siglo XXI*. Aunque el artista no acepta la comparación con Miguel Ángel, sí admite el hecho de que es militante de la plataforma de apoyo al presidente Zapatero (PAZ), un manifiesto que firmaron 5.000 artistas e intelectuales españoles antes de las elecciones de 2004.

Quiero destacar aquí que es el mismo Barceló quien hace constar que se trata de una decoración de la era cosmista. Su objetivo es –dice– “a base de tarteear colores, mezclas y texturas, poblar el techo de unas formas que ‘desafían la fuerza de la gravedad’”. En otra ocasión la prensa recogía sus palabras: “es una nave espacial (Naciones Unidas tiene algo de ciencia-ficción; es más un deseo que una realidad) de un ovni dentro de un ovni”. Es significativo que el artista, como subraya él mismo, asumiese el encargo a sabiendas de que inicialmente lo había recibido Marc Chagall (1887-1985), la estrella de la *avant-garde*, el movimiento artístico que fue el referente gráfico de la revolución de octubre y del cosmismo ruso. Su falsa modestia al desmentir al ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, el parecido que éste le atribuye con el genio Miguel Ángel, no puede distraernos del hecho de que consiguió convertir la catedral del siglo XIII de Palma de Mallorca en un templo del siglo XXI. Ni su ateísmo declarado ni el elevado precio que pidió impidió que Barceló se encargase de decorar la Capilla del Santísimo. Curiosamente este trabajo no provocó tantas críticas como su obra reciente en Ginebra. ¿Será acaso

porque la fe en la vida extraterrestre no es exclusiva de los cosmistas rusos sino que es compartida por algunos católicos? Eso parecen indicar las últimas declaraciones del recién fallecido exorcista del Vaticano, en las que se comprometía a luchar en pro de que la Iglesia modificase su postura oficial escéptica en la cuestión de la vida extraterrestre. Compartida o no, lo cierto es que esa fe la ha plasmado Barceló en el logotipo que diseñó para el primer y cada vez más exitoso diario anticatólico, *Público*, en circulación desde 2007. La imagen muestra siluetas de seres, no se sabe bien si homínidos o extraterrestres, pero, eso sí, siempre equipados con una bicicleta, un atributo imprescindible para los amigos ecologistas del “socialismo del siglo XXI”.

### **COSMISM, NEW AGE, EURASIA Y LA POLÍTICA RUSA HOY**

Recapitemos antes de concluir. La tesis de este trabajo era demostrar que existe un vínculo entre el estalinismo y el “socialismo del siglo XXI”, y la he desarrollado siguiendo el siguiente razonamiento: gracias a la revolución rusa las supersticiones cosmistas empezaron a extenderse por todo el mundo. Reaparecieron muy reforzadas en la década de los setenta del siglo XX, convirtiéndose inmediatamente en base teórica de los *nuevos movimientos sociales* hasta su plena incorporación, a partir de los años ochenta, en la vida política de las democracias de Occidente. Bajo su influencia mediática las autoridades públicas asumieron la teoría de que una de las principales tareas gubernamentales es velar por el cumplimiento de una serie de objetivos biológicos, que incluyen la preservación de la naturaleza y la liberación del hombre y de la mujer de su identidad sexual, para obtener por esta vía el control total sobre la reproducción humana que se necesita no tanto para conseguir la justicia social como para salvar el planeta Tierra de una posible catástrofe cósmica. A medida que estos objetivos parecían estar ya al alcance de la mano, se hizo necesaria la sustitución del “socialismo real” por el “socialismo del siglo XXI”. Así pues, no es sólo por un excesivo celo didáctico que a la pregunta de qué es el cosmismo, al público norteamericano se le explica que es la versión rusa de la *new age*.

Ahora bien, ¿qué es lo que une la *new age* con el “socialismo del siglo XXI”, el estalinismo y el cosmismo? Esta vez es al público inglés a quien se le ex-

plica, recordándole que *new age* es el nombre de una revista socialista que durante décadas formó a esta clase de intelectuales de izquierdas que hoy integran lo que conocemos como socialismo mediático. Es un hecho relevante que el jefe de la revista, Alfred Richard Orage (1873-1934), fuese durante muchos años miembro de la secta cosmista del ruso George Gurdjéeff (1872-1949), bajo cuya influencia consiguió apartar el socialismo de la doctrina marxista. Cuando hoy en día los gurúes de la *new age* postulan la creación de la civilización espiritual planetaria lo hacen convencidos de que ésta podrá existir sólo si trasciende las normas del Estado-nacional y busca el apoyo de aquellos líderes socialistas que son receptivos al mensaje que trae el naturalismo, la música étnica y folclórica y la medicina alternativa.

La doctrina Eurasia no fue concebida en el Kremlin sino en los círculos de la oposición antibolchevique en el extranjero. Durante muchos años se pensó que este origen era motivo suficiente como para excluirla de la cartera de doctrinas de la URSS. Pero no fue así. Conviene recordar que uno de los episodios de la política soviética de los años veinte fue la operación de la checa llamada *Trust*, una provocación policial cuya consecuencia fue la detención de Boris Savinkov (1879-1925), que era uno de los líderes del movimiento político que concibió la Eurasia. Descalificada desde entonces como doctrina de la oposición antibolchevique, pasó al almacén de las armas secretas de la diplomacia soviética. Fue utilizada en vísperas de la guerra con Alemania. Estuvo en permanente desarrollo en los debates internos del régimen soviético a lo largo de toda la era soviética. Para hacerla verdaderamente operativa y para evitar caer en un doctrinarismo incómodo, se intentó borrar las huellas de su pasado hasta que fue rescatada de los archivos de la historia del pensamiento y la filología y llevada al primer plano de la política rusa durante la Perestroika. Su reaparición fue inmediatamente advertida por los observadores extranjeros. En 1993 el acreditado analista de Radio Liberty, Víctor Yasmann, publicaba un artículo en el que aseguraba que fueron los mismos líderes soviéticos quienes dieron amparo institucional a los eurasistas, confiando en la tesis de éstos de que la doctrina concebida por geopolíticos –racista y fascista– en la década de los veinte, que en su día no había servido a la política rusa, sí podía servir en el futuro (Yasman, 1993). Era el momento en que en los estudios de política rusa se despertaba el interés por “lo oculto”. A este tema le dedicó la historiadora

norteamericana Bernice Glatzer Rosenthal en 1993 una investigación titulada *The Occult in Modern Russian and Soviet Culture*, patrocinada por el National Council for Soviet and East European Research, que apareció en 1997 en versión libro. De esta publicación habría que destacar el capítulo escrito por el eslavista alemán Michael Hagemeister (1997).

Lo que hoy hace operativa la doctrina de Eurasia para la política rusa es el hecho de que no se trata de una variante rusa de la Geopolítica al estilo Mackinder o Haushofer. La Eurasia la fundó alguien que no era ni geógrafo ni almirante sino filólogo: Nikolái Trubetzkoy (1890-1938). Esto explica que fuesen precisamente los hombres de letras, y no los miembros del estamento de burócratas de la diplomacia, quienes comprendiesen el alcance de la teoría. Transcurridos casi treinta años desde Gorbachov y observando la política exterior rusa a partir de 2000, especialmente desde 2004, podemos constatar que aquel amasijo opaco de ideas que tenía escasa posibilidad de prosperar es hoy la doctrina oficial del régimen de Putin. Su cabeza visible es Alexander Dugin, quien no dudó en mostrar su sintonía total con el Kremlin de hoy en agosto de 2008, al apoyar sin reservas la guerra contra Georgia.

A destacar aquí es que la sintonía entre los eurasistas y el Kremlin viene de lejos. Los eurasistas no cayeron en la nostalgia de la difunta URSS. Su optimismo y su solvencia se fundan en que siempre defendieron que el régimen soviético como tal no existió jamás, y que sólo se puede hablar de distintas conspiraciones que se formaron dentro del poder. Una de éstas fue la conspiración de los cosmistas, los autores de la Perestroika, que se encargaron también de buscar a un personaje como Gorbachov para pilotar su despegue. Para Dugin, por ejemplo, la misma expresión tan típicamente gorbachoviana “pensamiento nuevo” es un calco del lenguaje de los cosmistas de la era de Stalin. Lo cierto es que a estas alturas el ex presidente Gorbachov no esconde en ningún momento su vinculación con el cosmismo, como tampoco oculta su apoyo a la política del Kremlin de Putin en sus líneas principales. No sería aventurado, pues, atribuirle también al gen cosmista aquel desmesurado entusiasmo que despertó en los años ochenta la Perestroika en las filas socialistas europeas. O la transformación del Tercer Mundo en enemigo de Occidente, que se produjo no al fin sino al principio de la Guerra Fría. Pues, en aquel encuentro que tuvo lugar en

1950 entre Stalin y Mao, la base de la alianza entre las dos civilizaciones que representaban –así lo explica muy certeramente el teórico del “socialismo del siglo XXI”, Slavoj Žižek– no fueron los dogmas del internacionalismo proletario sino las profundas convicciones biocosmistas.

En estos tiempos nuestros, los eurasistas rusos ya no tienen ningún reparo en identificarse con los fascistas italianos del pasado o con los antisemitas de la nueva izquierda y de la nueva derecha. Su coherencia interna les viene de la inspiración cosmista que subyace tras sus planteamientos y actuaciones. Pero lo que es decisivo para la evolución global de la política rusa hoy es que la doctrina Eurasia ya no es exclusiva de la diplomacia moscovita.

La investigación de los años noventa puso al descubierto lo oculto en el poder soviético y apuntó la posibilidad de que el cosmismo hubiese servido de base común para la alianza de Stalin con Hitler. El siguiente paso es desplegar las potencialidades del cosmismo y ver en él la base de la alianza sellada entre la Rusia democrática y las potencias del “socialismo del siglo XXI”. El gran cambio que se ha producido es que los socialistas, lejos de querer esconder el nexo que les une a Stalin, están obsesivamente deseosos de proclamarse sus herederos. Ha llegado el momento de abrirles los ojos a quienes no comprenden cómo es posible que, pasados veinte años desde la caída del “socialismo real”, todavía siga en pie la dictadura castrista; de decirles que el castrismo no es cosa del pasado, al contrario, es el “socialismo del siglo XXI”, desde la raíz hasta lo secundario y lo más anecdótico. La foto de Rosa Díez con Fidel Castro se ha publicado no para quitarle votos a la recién estrenada estrella de la política española, sino para añadirle, pues Cuba no es el *skansen* del socialismo sino el invernadero donde germina el “socialismo del futuro”. El regreso a América Latina de Rusia, con Putin al timón de sus buques de guerra ejerciendo su poderío marítimo en las maniobras conjuntas con la armada venezolana en otoño de 2008, es el indicador de que aquí no hay un *trust* petrolero sino una alianza de los supersticiosos cosmistas.

## CONCLUSIÓN

El ruso de a pie –normalmente un campesino o un trabajador– que se identificaba con el régimen estalinista no lo hacía sólo por miedo a la Checa, ni

tampoco por el orgullo de tener de compatriota a un georgiano como Stalin. Lo hacía seducido por el atractivo de Yuri Gagarin. Si ese ruso era un ingeniero, un escritor o un poeta, probablemente apoyaba al régimen soviético no por ser comunista, o por creer a pies juntillas las teorías de Carlos Marx; más bien lo hacía por Tsiolkovski. Las noticias sobre la conquista soviética del cosmos le hacían más soportable la vida en *kommunalka*, ese piso-habitación con derecho a baño y cocina. El “socialismo real” que él mismo y millones de personas experimentaban no era penuria sino un anticipo del mundo nuevo, un recinto pequeño semejante a aquella cápsula espacial donde los cosmonautas también compartían el baño. La estación orbital MIR –“paz” en ruso– fue puesta en órbita el día 19 de febrero de 1986 en plena Perestrioka. Era la primera estación espacial de investigación habitada de forma permanente y la culminación del programa espacial ruso. Por ella pasaron una docena de cosmonautas de países de todo el mundo. Su misión concluyó el día 23 de marzo de 2001 cuando cayó en el Océano Pacífico. Así acababa la primera edición del sueño cosmista en el espacio, a la vez que empezaba la era del “socialismo del siglo XXI” en la Tierra.

### PALABRAS CLAVE:

Socialismo • Rusia • Ciencia y Tecnología. I+D. Universidades

### RESUMEN

El “socialismo del siglo XXI” que abanderó el líder español Jose Luis Rodríguez Zapatero no es la respuesta improvisada de un socialista desesperado ante la debacle del “socialismo real”. Su fuente de inspiración es una creencia filosófica que a principios del siglo XX se conoció como “cosmismo ruso” y que, lejos de ser innovadora, fue sólo una variante étnica de las doctrinas evolucionistas. De las entrañas de esta fantasía nació también la “doctrina Eurasia” de la que el Gobierno de Putin se sirve ahora para establecer sus múltiples alianzas estratégicas con unos socios muy alejados de Europa, como es la Venezuela de Hugo Chávez.

### ABSTRACT

*“21st century Socialism”, supported by the Spanish leader Jose Luis Rodríguez Zapatero, is not the improvised response of a desperate socialist before the collapse of “real socialism”. Its source of inspiration is a philosophical belief which at the beginning of the 20<sup>th</sup> century became known as “Russian cosmism” and which, far from being innovative, was only an ethnical version of evolutionist doctrines. The “Eurasia doctrine” also came from the bowels of this fantasy, which is now conveniently used by Putin’s Government to establish its multiple strategic alliances with partners estranged from Europe, like the Venezuela of Hugo Chávez.*

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bogdanov, A.** (1989), [http://www.lib.ru/RUFANT/BOGDANOW/red\\_star.txt](http://www.lib.ru/RUFANT/BOGDANOW/red_star.txt)
- Bulgakov, S.** (1906) <http://www.vehi.net/bulgakov/marks.html>
- Chávez, H.** (2006), <http://video.google.com/videoplay?docid=8876014454896856889>
- Courtois, S. et al** (1997), [http://goldentime.ru/nbk\\_01.htm](http://goldentime.ru/nbk_01.htm)
- Djordjevic, R.** (1999), "Russian Cosmism with the selective bibliography and its uprising effect on development of space research" *Serbian Astronomy Journal*, vol. 159: pp. 105-109, <http://saj.matf.bg.ac.yu/159/pdf/105-109.pdf>
- El Mundo* (2007), <http://www.elmundo.es/elmundo/2008/09/24/ciencia/1222260808.html>
- El País* (2009), 7 de febrero, p. 15.
- El País* (2008), [http://www.elpais.com/articulo/futuro/gente/hace/mismas/preguntas/astronomos/elpepusoc/20081231elpepifut\\_2/Tes](http://www.elpais.com/articulo/futuro/gente/hace/mismas/preguntas/astronomos/elpepusoc/20081231elpepifut_2/Tes)
- El País* (2008a), [http://www.elpais.com/articulo/espana/gran/reto/Zapatero/sera/releccion/Iglesia/elpepupnac/20080315elpepinac\\_7/Tes](http://www.elpais.com/articulo/espana/gran/reto/Zapatero/sera/releccion/Iglesia/elpepupnac/20080315elpepinac_7/Tes)
- Fernández Ortiz, A.** (2000), "El hombre, el cosmos, la ciencia y el bien: Los soportes éticos de la ciencia soviética", *Abaco: Revista de cultura y ciencias sociales* n° 27-28 <http://gaiaxxi.iespana.es/rep-soviet-cosmos.htm>
- Fiske, J.** (1874), [http://ia311320.us.archive.org/2/items/outlinesofcosmic02fisk/outline-sofcosmic02fisk\\_djvu.txt](http://ia311320.us.archive.org/2/items/outlinesofcosmic02fisk/outline-sofcosmic02fisk_djvu.txt)
- Hagemeister, M.** (1997), "Russian Cosmism in the 1920s and Today" En Rosenthal, B. G. (Ed) *The Occult in Russian and Soviet Culture*, Ithaca, Cornell University Press, pp. 185-202.
- Hagemeister, M.** (2007). "The Occult Sources of Soviet Space Travel" [http://www.esswe.org/agenda\\_detail.php?agenda\\_id=34](http://www.esswe.org/agenda_detail.php?agenda_id=34)
- La Vanguardia* (2001), <http://www.lavanguardia.es/internacional/noticias/20010603/53596492212/todos-los-muertos-de-stalin.html>
- Lunacharsky, A.V.** (1976), *Religión y socialismo*. Salamanca, Sígueme 82.
- Marcoaldi, F.** (1990), "Touraine habla del postsocialismo. Ni con el pueblo ni con el príncipe", *El País*, 15 de septiembre, p. 32.
- Massot, J.** (1990), "Entrevista al filósofo Gilles Lipovetsky" *La Vanguardia*, 8 de mayo, p. 34.
- Pollock, E.** (2006), *Stalin and the Soviet Science Wars*, Princeton, University Press.
- Rosenthal, B. G.** (2002), *New myth, new world: from Nietzsche to Stalinism* University Park, Pennsylvania State University Press.
- Sanders, J.B.** (1930), "John Fiske", *The Mississippi Valley Historical Review*, 17, (2 Sep): pp. 264-277. Published by: Organization of American Historians, Stable URL:<http://www.jstor.org/stable/1892601>

**Schaff, A.** (1988),

*Perspectivas del socialismo moderno: reflexiones de un marxista polaco* Barcelona: Sistema Crítica.

**Siddqi, A. A.** (2008),

“Imagining the Cosmos: Utopians, Mystics, and the Popular Culture of Spaceflight in Revolutionary Russia”, *Osiris* 2008, vol. 23: 260-288.

**Trotsky, L.** (1924),

*Literatura y revolución*. Capítulo VI: “La cultura proletaria y el arte proletario”. <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1920s/literatura/06.htm>

**Vernadsky, V. I.** (1997),

*La Biosfera*. Madrid: Fundación Argentaria.

**Yasmann, V.** (1993),

“Red Religion: An Ideology of Neo-Messianic Russian Fundamentalism”. *Demokratizatsiya The Journal of Post-Soviet Democratization* 1 (2): 20-38, <http://www.demokratizatsiya.org/Dem%20Archives/DEM%2001-02%20yasmann.pdf>

**Zizek, S.** (2004),

[http://www.believermag.com/issues/200407/?read=interview\\_zizek](http://www.believermag.com/issues/200407/?read=interview_zizek)

**Zizek, S.** (2007),

<http://izquierdahispanica.wordpress.com/2007/11/18/entrevista-a-slavoj-zizek>